



## CAPÍTULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

**L**EVANTADO pues en pié Don Quijote, temblando de los piés á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo:—El lugar donde estoy y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo: y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos, que las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza, y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin mas, ni mas, mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi muger y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay mas sino á troche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algun pupilage, sin haber visto mas mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los genero-



sos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sándio los estudiantes, que nunca entraron, ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia, otros por el de la adulacion servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de por que es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, Duque y Duquesa escelentes.—Bien por Dios, dijo Sancho, no diga mas vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay mas que decir, ni mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo: y mas que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo, ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho?—Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula?—Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntrate á los buenos y serás uno dellos, y soy yo de aquellos, no con quien naces sino con quien paces, y de los, quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo, y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar.—No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazón el Duque, que yo en nombre del señor Don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad.—Híncate de rodillas, Sancho, dijo Don Quijote, y besa los piés á su escelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho, lo cual visto por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohino ademas, diciendo:—Por el hábito que tengo<sup>1</sup>, que estoy por decir que es tan

<sup>1</sup> De religioso.

sándio vuestra escelencia, como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra escelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia<sup>1</sup>, y me escusaré de reprender lo que no puedo remediar; y sin decir mas ni comer mas se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir y dijo á Don Quijote:—Vuesa merced, señor *Caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mugeres, no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe.—Así es, respondió Don Quijote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar á nadie.—Las mugeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra escelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone y no le deja salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado: y lo mesmo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándose los huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel, pusiera mano á su espada y se estuviera quedo, haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron á traicion: afrentado, porque el que le dió, sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo; y así, segun las leyes del maldito due-lo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huir, ni tienen para que esperar, y lo mesmo los constituidos en la sacra religion, porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas, y así aunque naturalmente estén obligados á defenderse, no lo es-

<sup>1</sup> En mi convento y celda.



tán para ofender á nadie: y aunque poco ha dije que yo podia estar agraviado, agora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperara algun poco para darle á entender en el error en que está, en pensar y decir que no ha habido, ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien á su merced.—Eso juro yo bien, dijo Sancho, cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada, ó como un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que, si Reinaldos de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara mas en tres años: no sino tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos. Perecía de risa la Duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso y por mas loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mesmo parecer. Finalmente Don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimesmo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas tohallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de Don Quijote, el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo<sup>1</sup> que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mesmo punto comenzó á llover el aguamanil, y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del

<sup>1</sup> Así en la edicion primera y en las demas. La gramática pide que se dijese *creyó*, si se conserva el y así de mas adelante; ó si este se suprime, pide la misma gramática que se conserve el *creyendo*.

aguamanil fuese por ella, que el señor Don Quijote esperaria. Hizolo así, y quedó Don Quijote con la mas estraña figura y mas para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veian con media vara de cuello mas que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recibian de ver á Don Quijote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traia las tohallas le limpió y le enjugó muy reposadamente, y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el Duque, porque Don Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole:—Venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como á Don Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Despues se supo que habia jurado el Duque, que si á él no le lavaran como á Don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, la cual habian enmendado discretamente con haberle á él jabonado<sup>1</sup>. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:—Válame Dios, ¿si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros? porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio.—¿Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la Duquesa.—Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros Príncipes, siempre he oido decir, que en levantando los manteles dan agua á las manos; pero no lejía á las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo.—No tengais pena, amigo Sancho, dijo la Duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven y aun os metan en colada si fuere menester.—Con las barbas me contento, respondió Sancho, por

<sup>1</sup> No es esta la primera burla hecha á hidalgos viajantes en los palacios de grandes señores. En el del Conde de Benavente se hizo otra á un hidalgo portugues casi idéntica con la de Don Quijote, y que pudo servir de original á Cervantes.



ahora á lo menos, que andando el tiempo, Dios dijo lo que será.—Mirad, maestresala, dijo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra.—El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los Duques y Don Quijote hablando en muchas y diversas cosas: pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería. La Duquesa rogó á Don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la famaregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha. Sospiró Don Quijote oyendo lo que la Duquesa le mandaba, y dijo:—Si yo pudiera sacar mi corazon y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra escelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timántes y de Apéles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina, para alabarla?—¿Qué quiere decir demostina, señor Don Quijote? preguntó la Duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los días de mi vida.—Retórica demostina, respondió Don Quijote, es lo mesmo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron, que fueron los dos mayores retóricos del mundo.—Así es, dijo el Duque, y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor Don Quijote si nos la pintase, que á buen seguro, que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las mas hermosas.—Sí hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, que es tal, que mas estoy para llorarla que para describirla, porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los días pasados á besarle las manos y á recibir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: halléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas,





y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. — ¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el Duque: ¿Quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba?—¿Quién? respondió Don Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos. Persegúidome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren, donde ven que mas lo siento, porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama, es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.—No hay mas que decir, dijo la Duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor Don Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes<sup>1</sup>, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso.—En eso hay mucho que decir, respondió Don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré, ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene, que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son, hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linage, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas.—Así es, dijo el Duque; pero hame de dar licencia

<sup>1</sup> Refiérese aquí la Duquesa á la P. I de esta historia, que en la realidad habia ya cerca de diez años que se habia impreso, pues se publicó el de 1605. Con todo eso dice la Duquesa que hacia pocos dias que habia salido á luz. Este es uno de los pocos lugares en que se manifiesta la intencion de Cervantes, de enlazar inmediatamente la narracion de los sucesos de la tercera salida de Don Quijote, contenidos en esta Segunda Parte, con los de la Primera.



el señor Don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere, que puesto que se conceda, que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linage no corre parejas con las Orianas<sup>1</sup>, con las Alastrajareas<sup>2</sup>, con las Madasimas<sup>3</sup>, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.—A eso puedo decir, respondió Don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: quanto mas, que Dulcinea tiene un giron que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una muger hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se estiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.—Digo, señor Don Quijote, dijo la Duquesa, que en todo quanto vuesa merced dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano, y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aun al Duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero, como es el señor Don Quijote, la sirva, que es lo mas que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epístola, aechardo un costal de trigo, y por mas señas dice que era rubion, cosa que me hace dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quijote:—Señora mia, sabrá la vuestra grandeza, que todas ó las mas cosas que á mí me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso, y como es cosa ya averiguada, que todos ó los mas caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce Pares de

<sup>1</sup> Oriana, la señora de Amadis de Gaula.

<sup>2</sup> La infanta Alastrajarea, hija de Amadis de Grecia y de la reina Zahara.

<sup>3</sup> Madasima, la señora de Gantasi, hija del Famongomadan, el jayan del Lago Ferviente: damas todas caballerescas.

Francia, de quien se cuenta, que no podia ser ferido, sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y así cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesváles, viendo que no le podia llegar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules á Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la Tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la esperiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme, si no fuera á fuerzas de encantamientos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empesca: y así viendo estos encantadores, que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que mas quiero, y quieren quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea por quien yo vivo: y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho, que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales: y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboso, jamas pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la mas bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella vivirá yo en perpetuas lágrimas, hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida y de los hidalgos linages que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorías, que Sancho Panza es uno de los mas graciosos escuderos que